

Barravento

Johan Sebastián Casallas Orjuela¹

johancasallasorj@gmail.com

“Barravento es el momento de violencia, cuando las cosas de la tierra y el mar se transforman, cuando en el amor, la vida y el medio social ocurren cosas súbitas”

Barravento - Glauber Rocha

FAUSTO - Bien sabes tú que no se trata de placer. Al vértigo me abandono, al más amargo de los goces, al odio amoroso, al enojo avivador. Mi corazón, curado ya del afán de saber, no debe cerrarse de hoy más a dolor alguno, y lo que está repartido entre la humanidad entera quiero yo experimentar en lo íntimo de mi ser. Quiero abarcar con mi espíritu lo más alto y lo más bajo, acumular en mi pecho el bien y el mal de ella, extendiendo así mi propio ser al suyo, y como ella misma, estrellándome yo también al fin.

Extracto de Fausto, de Goethe



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

¹ Johan Casallas (23 años) es un creador con formación en artes escénicas, plásticas, literatura y medios audiovisuales en los centros de formación CREA - Idartes (2017 - 2022). Técnico laboral de tejido con agujas de la Escuela de Artes y Oficios Santo Domingo (2023). Actualmente estudia Cine y Televisión en la Universidad Nacional de Colombia y Artes Escénicas con énfasis en Dirección en la Academia Superior de Artes ASAB. Su trabajo se enfoca en la experimentación plástica y narrativa a través del uso semiótico de la imagen. Sus historias mezclan los géneros de terror, fantasía, surrealismo y humor negro. Le interesa la comunicación teórica y práctica entre los lenguajes del teatro y el cine, donde encuentra la mayor posibilidad de la representación.

Era un camino largo el de mi casa hasta la Cinemateca, pero el sábado 30 de marzo, finales de Semana Santa, las calles vacías hacían ver que todo sería cuestión de una hora de tiempo consumido. Salí a las dos de la tarde, corrí para alcanzar el alimentador, el conductor me vio a lo lejos, me esperó. Todos los asientos estaban disponibles, y uno siente que todo el bus es para uno.

Llegué al portal, caminaba a paso plácido, poco más de treinta bogotanos más iban de un lado al otro. Universidades estaba a punto de arrancar, y corrí para alcanzarlo, el conductor me vio a lo lejos, me esperó. Varios asientos disponibles, me senté al lado de una pareja rapera y descuidada, con un estilo de barrio, roído y relajado. Mientras hablaban escuchaban unas rimas por el baffle, y cada tanto interrumpía lo que decían para repetir la lírica de la canción. A mi costado derecho dos aseadores con sus carritos amarillos, y los trapeeros de palo azul brillante, hablaban, pero nunca supe de qué exactamente. Cuando la pareja se bajó (estábamos en Centro Memoria), seis niños venezolanos entraron y como si yo no existiera, se sentaron cerca mío, inmersos en su mundo.

Uno de ellos, inquieto y rebelde, andaba de un lado al otro, mientras hablaba con sus amigos, hacía barras en las barandas amarillas, su cara tenía una marca roja extensa. Iban o venían de Monserrate, no lo supe realmente, pero hablaban de lo que harían o habían hecho por allá. Hablaban de haberse escapado, se jactaban de no haber pedido permiso a sus mamás. Uno de ellos dijo que lo hizo, que si no le pegaban, el de la mancha roja se burló, le dijo que él no le pide permiso a nadie, y dijo a otros dos niños “ustedes no pidieron tampoco, pero porque no tienen mamá”, todos se reían. Tan hermosa

imagen me había consumido, y no podía dejar de mirar al líder de esa manada. No tenía miedo de nada, porque no tenía nada, no era nadie, un niño de la calle. Todos bajamos en Universidades, y yo caminé pensando en ellos hasta llegar a la Cinemateca.

Había comprado una boleta para una función nocturna, y otra boleta para una función gratuita en la tarde, esta vez darían Barravento, de Glauber Rocha. Había llegado con dos horas de anticipación, así que me quedé en la biblioteca un buen rato. Escuché que alguien preguntaba por La Forma del Cine, de Eisenstein, yo en mis adentros me jactaba de conocer el libro, y pensando en tantos libros sobre cine, salí a las cuatro de la biblioteca, divagaba sobre la Nueva Ola Checa, en Las Margaritas de Věra Chytilová, tan bella obra no salía de mi cabeza. A las cuatro y media de la tarde ingresé a la sala capital, y varios asientos estaban disponibles, mi boleta decía H6, “la primera fila roja, por el costado del fondo” decía la acomodadora. Terminé en el H5, porque una mujer me pidió cederle el puesto a una amiga. Yo había ido solo, mi amigo no me pudo acompañar, pero su costumbre de quitarse los zapatos para ver cómodamente la película estaba ahí, conmigo, y lo recordé al ver que por instinto hice lo mismo. Comenzó Barravento, del maestro del Cinema Novo, y la historia era la de una comunidad de pescadores, místicos y religiosos, en Salvador de Bahía. Barravento hacía que las olas chocaran con fuerza con la tierra. La película trataba de un hombre que quería liberar a su pueblo, cegado por la religión.

Pensé que el cine y la vida eran una sola cosa: Lo que decía este lo repetía la otra, y viceversa. Una pareja que cantaba rap y los cantos religiosos en la película. Un hombre libre y un niño libre,

ambos pobres. Las olas cinematográficas y las olas violentas en Barravento. El hombre cortó una red con una navaja... eso, más que coincidencia, era un presagio.

Terminó la película, pensaba en lo que decía el hombre en los cantos. “Mi dolor no se nota, soy graduado en dolor”. Salí a buscar algo de comer, en el D1 compré unas galletas de miel y una caja de leche pequeña, en mi bolsillo pasaron desapercibidos dos paquetes de bocadillo con queso. Me senté en una mesa con cinco puestos disponibles, ubiqué mis piernas sobre ella y mientras pensaba en la película, me alimentaba. Eran las siete de la noche, faltaba una hora para la próxima función, y en mi descarada confianza ante la vida caminé por Aguas, completamente solo, siguiendo el flujo de la corriente. Mientras andaba me decía que no parecía tan peligroso el centro, no tanto como lo pintaban. Caminé y pensé, de un lado al otro, en una cosa u otra, escuchaba música y me desentendía del mundo. Ya a las siete y media decidí volver, por la Séptima esta vez, y cuando llegué al parque central, próximo a la estación, otra coincidencia sucedió, y ya con esta nadie me sacará de la cabeza que el cine es como la vida: Lo que dice uno lo repite la otra, y viceversa.

Abrazado por una mujer y su acompañante (curiosamente en la cinemateca también estuve sentado en medio de un hombre y una mujer), sentí el puñal en mi costado del fondo. “Ya sabe lo que tiene que hacer, váyase bajando el celular” y en la cinemateca me pidieron amablemente que apagara el celular. Con mucha calma obedecí, y también entregué mis audífonos, dejé una canción sonando. Me pidieron mi billetera, y me lamenté, había guardado el boleto de la función ahí. Tenía doce mil pesos (prestados), mis

tarjetas y documentos; lo que más me dolía era un fragmento de cinta celuloide que me había regalado una amiga, y que guardaba en la billetera. También estaban mis llaves, no me dejaron sacar nada. Al entregarles lo que me pidieron, tomé mi cédula, y pregunté amablemente si me la podía quedar, a lo que ella respondió afanada que sí, que me apurara. Al final me dijo “y pase la maleta”. Tenía mi computador, que había comprado con un premio por hacer un filminuto documental sobre el centro de Bogotá, tenía un libro de la biblioteca de mi universidad sobre la desaparición forzada, tenía el libro de Fausto que había leído en la mañana, tenía un llavero amarillo en forma de claqueta, mi pasta de dientes y mis retenedores dentales. Además de esto, me gustaba esa maleta. Tomé el cuchillo con mi mano derecha, apreté fuerte y doblé la hoja para afuera. Me impulsé y corrí, sintiendo como el filo cortaba el tejido de mi mano, como la red atravesada por la navaja en Barravento. “¿Va a poner resistencia, gonorrea?” escuché detrás de mí, y entré a la estación. Dos hombres me preguntaron a lo lejos si me habían asaltado, decidí no responder y pedí a una chica que me prestara un pasaje, pasé por el túnel, que olía a orina. Me reía mientras veía mi mano, la sangre brotaba y se escurría. Las gotas en el suelo debieron dejar un rastro, porque uno de los hombres que me había preguntado sobre el asalto me seguía por el túnel. Llegué donde un oficial de policía, le comenté lo sucedido y el hombre desconocido de repente habló en mi defensa. Describió la apariencia de los asaltantes, pero lo que decía no era lo que yo recordaba, el pantalón de la mujer era negro, no blanco, su cabello era largo, no corto, no pensaba refutarle. Sus ojos estaban fijos en mí y estaban manchados, rojos a los costados, su cabello, desordenado, lo hacía ver sucio y callejero. Finalmente se fue, me dio la mano, el policía me

acompañó hasta que pedí un carro, y ya rumbo a mi casa pensaba, “de haber tenido la boleta en mi bolsillo, hubiera visto otra película”.

Fin.